

el período de 1701 á 1712 y con gran energía, la alucinación brujeril y el proceso de las brujas.

Mas á pesar de todo esto la férrea edad de la ortodoxia no se acababa aun y habremos de ver todavía en medio del siglo xviii y hasta fines del mismo qué y cómo se perpetraban en el suelo alemán asesinatos jurídicos en las personas de *brujas*.

IV.

Lansquenetismo y furia guerrera.

Sabido es que los cañones solían llamarse formalmente las *últimas razones de los príncipes*, mas con igual derecho podrían llamarse las últimas razones de los pueblos, pues desde el principio el hombre ha sido un animal guerrero y lo será hasta el fin. No deja de ser significativo que hasta el poeta reconocido de la libertad y del humanismo, pone en boca de su sensato hombre de legalidad Stauffacher en el Rutli: *Por último recurso cuando ya ningún otro sirve nos ha sido dada la espada....*

Pues á todas las filantrópicas preguntas por la posibilidad de una paz eterna ó tan sólo un tanto duradera entre los hombres, la historia contesta terminantemente que *no*. Siempre tal como los hombres son y seguirán siendo por su naturaleza á despecho de todas las frases de perfeccionamiento, la fuerza privaba y priva sobre el derecho, siendo éste sin aquélla como aquel cuchillo del cuento que no tenía mango y le faltaba la hoja. Todas las cuestiones de derecho al fin y al cabo rematan en cuestiones de fuerza, y para resolverlas los individuos y los pueblos acabarán siempre por apelar á la última instancia, á la espada, á la decisión por las armas. La guerra á despecho de todos los soñadores y sentimentalistas, está fundada en la naturaleza humana y constituye un factor necesario de la evolución humana, y todos los que lean el libro de la historia universal con ojos que ven, comprenderán sin dificultad por qué el cuidado por las cosas de guerra ha sido siempre y en todas partes uno de los primeros cuidados de los pueblos.

Lo mismo sucedió también en la edad de la reforma; los rasgos distintivos guerreros de la misma fueron el de terminar la transición del ejército feudal al ejército de mercenarios y el de sustituirse la táctica de la Edad media con los principios de la táctica moderna. Lo primero se realizó porque el servicio profesional de soldado hubo de reemplazar el servicio temporal de feudatario, ya que solamente soldados de profesión podían hacer eficazmente la guerra tal como se había ido trasformando por el uso de las armas de fuego; lo segundo fué debido á que la decisión de las batallas ya no dependía de la caballería, como en la Edad media, ni de la infantería que, como en el siglo xv las tropas de los husitas y de los suizos, parecían *murallas ambulantes*, sinó de la cooperación metódica de las tres armas: infantería, caballería y artillería. Las dos batallas de Marignano y Pavía (1515 y 1525) dan una idea de este gran cambio en el arte militar. En los conceptos moral y nacional el servicio mili-

tar de los mercenarios ó soldados era un verdadero retroceso en comparación con el servicio militar feudal. El guerrero feudal, siguiendo el llamamiento del rey para la guerra nacional ó el de su señor feudal para la guerra privada, cumplía con su deber y honor; el mercenario vendía su pellejo al mayor postor y muy á menudo á los enemigos declarados de su propio país. En lugar del deber y del honor miraba por la utilidad, por su provecho personal. En lugar de todos los demás motivos morales había de arraigarse en el mercenario el espíritu de corporación soldadesca, la fidelidad á la bandera, y este sucedáneo se mostró muchas veces sumamente débil. Lo inmoral, lo pernicioso para la nación y el país, del mercenarismo, se manifiesta claramente en



CABALLERÍA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

el *Reislaufen* de los suizos y no ménos por la degeneración del lansquenetismo alemán.

Mozos, mozos de guerra del país y de ahí mozos del país (*landsknechte*) llamábanse en el imperio alemán las tropas asalariadas, los soldados de profesión que cobraron mayor importancia en el reinado de Maximiliano I. Un gran militar alemán, Jorge de Frundsberg, se ha conquistado luego como organizador del lansquenetismo el nombre honorífico de *padre de los lansquenetes*. Esos mercenarios, reclutados al principio entre los campesinos alemanes, constituían la verdadera fuerza y potencia no solamente de la infantería, sino de todo el ejército durante la época de la reforma. El comandante de todos los lansquenetes de un ejército, tenía el título de general supremo ó *Capitan supremo* y no era responsable sino al *señor de guerra* ó al *señor del sueldo*. El estado mayor constaba del *comisario pagador*, *comisario de víveres*, *comisario alojador*, *médico superior*, *heraldo del ejército*, *preoste superior* y *comisario de contribuciones*. El ejército de lansquenetes estaba

dividido en regimientos mandados por un coronel, cuyo sueldo mensual por término medio era de 400 florines. Formaban la plantilla del regimiento el teniente coronel, sargento, alojador, furriel, predicador, cirujano y prevoste y el encargado de la vigilancia de los mozos de bagajes y de las cantineras. El regimiento constaba de ocho á diez compañías llamadas *banderillas* que tenían á su frente un capitán con 40 florines de sueldo. Los subordinados del capitán eran el teniente, el alférez, el sargento, el capellán y los cabos. Delante de la compañía marchaban generalmente de 12 á 15 *mosqueteros* armados de *pequeños doble ganchos* ó mosquetes y llevando fijadas en una correa, colgando del hombro izquierdo doce cajitas de madera conteniendo cada una una carga de pólvora; de la primera correa pendían también la bolsa de las balas y el frasco de pólvora de cebo. Trás los mosqueteros iban los *arcabuceros*, cuya arma principal era el arcabuz llamado también medio gancho provisto al principio de llave de mecha y desde 1517 de la llave de rueda inventada en Nuremberg. Los arcabuceros y los mosqueteros llevaban también un espadín ancho, de dos filos, y ligeras corazas y morriones. Seguíanlos los *piqueros*, armados de corazas, brazales, musleras, delantales de lata y cascos, llevando como armas ofensivas un espadín, dos pistolas de llave de rueda y una pica de asta muy larga, en vez de la cual, algunas divisiones de la *banderilla* llevaban espadas grandes de dos manos ó bien alabardas, es decir, hachas de mango largo. A partir de Carlos V, una *banderilla* constaba generalmente de 400 *mozos de á pié*, de los que los mosqueteros cobraban el sueldo mayor, 10 florines mensuales por término medio. Todos debían armarse á su costa, pues el uniforme no existía aún. Creyendo los señores lansquenetes que bastaba llevar bandas con los colores de su amo, abandonándose por lo demás á todos los caprichos de la moda reinante ó de su gusto, respectivamente, mal gusto personal. En ninguna parte el *demonio de los calzones anchos*, *licenciosos*, *contrarios á la disciplina y al honor*, como se expresaba el predicador de la corte de Brandenburgo, Andrés Musculus, dominaba tan locamente como entre los lansquenetes que lo exageraban hasta el punto de necesitarse para un solo par de 60 á 130 varas de tela. En general los lansquenetes constituían un gran foco de despilfarro, malas contumbres y extravagancias. Les gustaba que les llamaran *piadosos* y ellos mismos se llamaban así; pero basta leer las descripciones que los autores contemporáneos han hecho de ese modo de vivir para comprender que realmente han sido una *gente muy mala*, como los calificaba el bueno de Hans-Sachs. Ciertamente el *derecho de guerra*, bajo el cual estaban, era bastante riguroso, estableciendo los diversos *artículos de guerra* penas tremendas contra la insubordinación, la deserción, la rebeldía, el robo, el asesinato, el incendiarismo, la violación, etc.; pero la aplicación de estos artículos era á veces muy difícil y aun del todo imposible. Más eficaz era seguramente la justicia que los lansquenetes practicaban entre ellos mismos, y cuando se trataba de acusaciones graves, en la antigua manera nacional, pública y al aire libre. La manifestación más singular de esta justicia lansquenética, era el *derecho de pica*. Cuando éste se aplicaba, el regimiento formaba un círculo en cuyo centro se

colocaban el acusado y el prevoste, funcionando éste como fiscal. El procedimiento era todo lo sumario posible. El acusado quedaba absuelto por la votación de sus camaradas ó bien condenado á *pasar por las picas*, en el acto mismo. En este caso el regimiento formaba calle con las picas en ristre, en medio de las cuales el prevoste echaba al malhechor para que encontrara una muerte más ó ménos rápida. Una atenuación de esta justicia de pica, si bien todavía bastante bárbara, era el *correr la calle*, que dicen enseñó á los alemanes el rey de Suecia Gustavo Adolfo.

Los lansquenetes manifestaban muchas veces bastante buen humor, cuya brutalidad no sentaba mal en ellos. Históricamente consta un acto de buen humor entre los lansquenetes alemanes verificado con ocasión de aquel terrible *Saqueo de Roma*, en mayo de 1527, después que el ejército de Carlos V en la lucha del emperador con el papa Clemente VII hubo tomado por asalto la *ciudad eterna*. El que quiera saber detalladamente lo que en aquella época significaba el asalto de una ciudad, debe leer las descripciones que unos testigos oculares y auriculares nos han dejado de esa abominación. Durante días enteros, Roma representaba el infierno de Dante; pero merece apuntarse que aquellos testigos dán á los soldados alemanes el testimonio de no haberse conducido contra las desgraciadas mujeres romanas tan infame y cruelmente como los italianos. En cambio, para escarnecer al papa, quien se había refugiado en el castillo de San Angelo, los lansquenetes hacían todo lo posible caracterizando la siguiente mojiganga gráficamente el ánimo que reinaba entre los lansquenetes alemanes del ejército imperial 10 años después de la salida de Lutero. Cierta día de mayo el sargento de lansquenetes Guillermo de Sandizel, se presentó ante el castillo de San Angelo montado en una mula, vestido del traje de pompa pontifical y llevando en la cabeza una triple corona. Rodeábale un gran número de sus camaradas disfrazados de cardenales y obispos, que tributaban al lansquenete papa con inclinaciones de cabeza, genuflexiones y besa piés, jocosamente todas las reverencias que al verdadero papa suelen tributar sus prelados. Satélites y *suiños* abrían y cerraban el cortejo que al son de pitos y tambores se dirigió hacia el Borgo. En frente del castillo, el papa Sandizel I cogió una copa de vino, blandiola bendiciendo hacia el castillo y bebiola á la salud de Clemente VII encerrado allí. Los obispos y cardenales postizos imitaron largamente el ejemplo de *su pontífice* gritando que ellos querían hacer papas, obispos y prelados piadosísimos que fueran adictos al emperador y no rebeldes. Finalmente, el señor de Sandizel exclamó: *A Lutero nombro mi sucesor, á él quiero regalar el papado; el que asienta levante la mano*, y todos aquellos mozos alegres levantaron las manos y gritaron con júbilo: *¡Lutero papa! ¡Papa Lutero!*

En el siglo xvi el regimiento de caballería contaba de 750 á 1,000 caballos, y dividíase en *estandartes* compuestos generalmente de 180 jinetes pesados (*kyrissern*) y de 60 lijeros (*carabineros*). Aquellos eran todavía enteramente los jinetes de hierro de la Edad media, montando caballos pesados, llevando una lanza fuerte y además una espada larga, buena para dar tajos lo mismo

que estocadas, y teniendo aun dos pistolas y una maza; los otros montaban caballos más lijeros y eran más lijeras sus armas, llevando además de la espada ordinaria y pistoletes, como arma principal, la carabina, es decir, un arcabuz pequeño. La *lanza pesada*, ó sea el *kyrisser*, cobraba 24 florines mensuales y el carabinero solamente 12; el sueldo del coronel era de 400 florines. Su estado mayor constaba de teniente coronel, maestro de guardias, maestro de viveres y furriel del regimiento. Los estandartes eran mandados por capitanes y el mando superior de la caballería de un ejército incumbía al *mariscal de campo*. La artillería, la *ropa de campo*, estaba bajo la dirección superior del maestro de ropa de campo (*Feldzeugmeister*) que tenía por subordinados inmediatos un teniente, un comisario pagador, un guarda ropa y varios mozos roperos. El servicio de cada pieza estaba bajo el mando del maestro de cañón llamado más tarde *constable*, ayudado por el cohetero llamado más tarde bombardero. Los cañones ó *cartaunos*, se dividían en piezas de campaña y piezas de sitio. La más pequeña de las primeras era el *tindlein* agudo que arrojaba una bala de plomo de media libra, siguiendo luego en línea ascendiente el falconete, el falcón, la culebrina y la culebrina grande que era servida por 18 hombres y arrojaba una bala de 40 libras. Las piezas de sitio eran en línea descendente la *moza aguda* que arrojaba una bala de hierro de 100 libras, el basilisco, el ruisenor, la cantora y la gran culebrina cuartana. Además había morteros llamados obuses que lanzaban balas de piedra hasta de 200 libras. Balas *explosivas*, es decir, bombas, conocíase en una época muy temprana y desde 1524 empleábanse también las granadas de mano, y de ahí el nombre de *granaderos*. Las múltiples invenciones científicas y técnicas del siglo xvi fueron utilizadas para el perfeccionamiento de las armas de fuego, del arte de fortificar (*bastiones*), y del arte de sitiarse. La educación del soldado tenía aun por objeto la habilidad del individuo antes que la movilidad de las masas. Las marchas eran muy lentas, la preparación para la batalla era sumamente engorrosa, la dirección de la batalla misma era tarda en extremo, los generales como Frundsberg y Schertlin ciertamente han promovido muchas innovaciones en la táctica y la estrategia, pero en grande y en conjunto todo quedaba en el siglo xvi y con respecto á los ejércitos imperiales alemanes todavía en el siglo xvii como había sido antes. En las *armadas* que mandaron Tilly y Wallenstein, un regimiento de infantería constaba de 10 compañías de cuatrocientos hombres (doscientos mosqueteros, cien piqueros, cincuenta alabarderos y cincuenta supernumerarios) de modo, que debía contar 4,000 hombres, teniendo empero generalmente sólo 3,000. El regimiento de caballería tenía seis estandartes de 240 hombres (60 lanceros, 60 carabineros y 120 *semi-armados*). Como cada jinete tenía su mozo con un caballo de bagaje, el regimiento debía constar de 2,880 hombres, pero por regla general contaba solamente 2,600. Lo que costaba el reclutamiento y la manutención de un ejército en aquella época, se ve por la circunstancia que en virtud de un contrato el emperador Fernando II pagaba á su coronel general 600,000 florines por cada regimiento de infantería puesto en pié de guerra. Este general comprendió mejor que su contemporáneo Tilly la impor-

tancia de la artillería y por esto aumentó la ropa de campaña imperial hasta 80 piezas. Su adversario el rey de Suecia Gustavo Adolfo, incontestablemente el general más capaz del siglo xvii, introdujo en su ejército varias mejoras técnicas y tácticas adoptadas luego más ó ménos pronto también por los alemanes. El objeto de Gustavo Adolfo era dar más lijereza y movilidad al individuo y al armamento. En los regimientos de infantería sustituyó la mayoría de las picas y albardas con armas de fuego, aumentó la utilidad de la caballería aligerando el equipo y el armamento, estableció primero la artillería *volante*, reemplazando las pesadas culebrinas por piezas de á cuatro libras que se cargaban ya con cartuchos, mientras que las piezas imperiales seguían

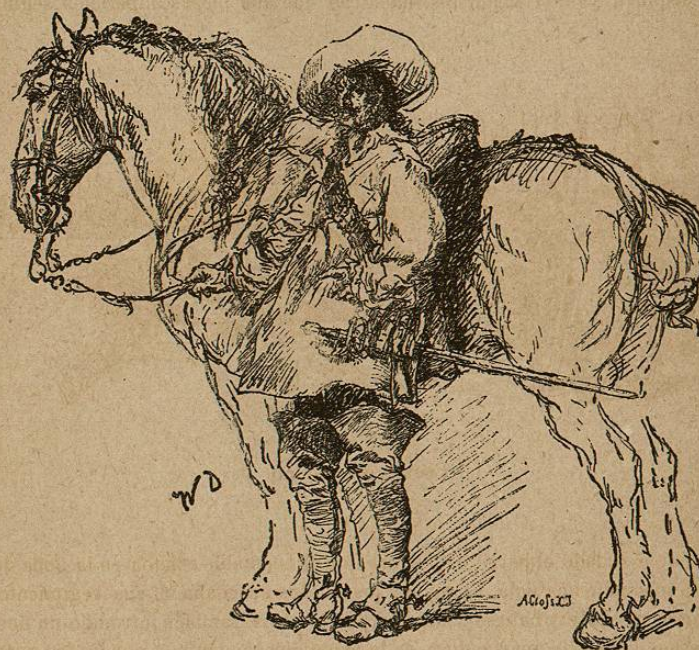


ESCENA DE ASEDIO.

teniendo á su lado el barril de pólvora que el constable echaba en la boca del cañón mediante una pala. El rey de los suecos enseñaba á sus regimientos sentirse, moverse y batirse como cuerpos tácticos; también introdujo un nuevo órden de batalla apartándose de la usual disposición por cuadrados apretados en los que la artillería debía producir un efecto desastroso y formando en su lugar una línea de batalla que dejara á la infantería cubierta por la caballería por los lados y en intervalos suficiente espacio para movimientos rápidos, sobre todo para aquella evolución muy eficaz de abrir sus filas para dar ocasión á la artillería colocada detrás, de intervenir en el combate de una manera repentina y sorprendente.

La fuerza numérica de los regimientos que la edad de la reforma llevaba al campo, no puede compararse de ninguna manera con los números de los ejércitos de los tiempos modernos y contemporáneos. En el siglo xvi considerábase grande un ejército de 25,000 hombres, y en el siglo xvii uno de 50,000. El ejército relativamente más numeroso de Europa á fines del siglo xvii era el de Brandenburgo-Prusia después que el gran elector hubo fundado la potencia militar de su Estado. A la muerte de este príncipe (1688) el ejército prusiano

contaba 26,858 hombres con 40 piezas de campaña, y exigía un gasto anual de dos millones y medio de talers, casi la mitad de todos los ingresos del país. Por lo demás en aquel tiempo estaba ya hecha en lo principal la transformación de las tropas de mercenarios enganchados temporalmente en ejércitos permanentes reunidos por reclutamiento. A Alemania como á los demás países, servían de modelo las instituciones militares de Francia como las habían ordenado Luis XIV, su ministro de la guerra Louvois y sus marisca-



DRAGON.

les. El lansquenete había desaparecido, el soldado había venido. Los ejércitos, instrumentos sin voluntad de una política de gabinete intrigante, aumentaban en número y lujo de uniformes. Aun antes de terminar el siglo xvii toda la infantería llevaba armas de fuego con adición de la bayoneta; solamente los oficiales subalternos llevaban todavía el *espontón*, especie de partesana lijera. En la caballería vinieron á agregarse á los antiguos coraceros y carabineros los modernos hulanos y húsares. En relación con el desarrollo técnico de la soldadesca, la posición social de la misma fué cada vez más privilegiada. Formose la noción especial del honor militar, la oposición de paisano y soldado se hizo más marcada y la diferencia entre pueblo y ejército fue agrandán-

dose notablemente. La entrada en la oficialidad no tardó en ser un privilegio permanente de la nobleza. La clase de tropa, la soldadesca ordinaria sacada generalmente de la hez de la población, llevaba una existencia de esclavos bajo el imperio de las *leyes marciales*, cruelmente rigurosas y bajo el



MOSQUETERO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.

peso de la vara del cabo. Pero estos mercenarios miserables privados de los lazos suavizantes de la vida civil, esos esclavos uniformados consideraban, á pesar de todo, en virtud de su espíritu de clase cultivado sistemáticamente, á los ciudadanos y á los campesinos como á seres muy inferiores á ellos y trataban tantas veces como á enemigos hasta en tiempo de paz á los súbditos del príncipe cuya casaca llevaban.

En la Edad media la manera de hacer la guerra había sido, por decirlo así, la natural de los bárbaros. Los lansquenetes del siglo xvi metodizaron esta barbarie y en el siglo xvii la *furia guerrera* de los 30 años que en Alemania

celebró su horroroso baile de brujas y llevó ese método á la abominación completa. Los crímenes que entonces se cometieron en el suelo alemán, los sufrimientos que el pobre pueblo alemán hubo de aguantar por parte de la hez y escoria de Europa metida en casacas de soldados, excede positivamente toda imaginación humana; pues sólo una fantasía inhumana, verdaderamente diabólica, es capaz de discurrir los martirios que dicha *furia guerrera* ha engendrado é impuesto á toda edad y sexo. Un pillaje sin compasión y una destructividad furiosa, una bárbara sed de sangre y crueldad refinada, una lujuria salvaje y un genio martirizador inventivo acumularon juntos tal masa de abominaciones, como no ha sido amontonada por segunda vez en ningún tiempo y en ninguna parte á tan altas montañas de sangre y fuego. Dos autores contemporáneos, Grimmshausen en su *Simplicísimo* y Moscheroch en sus *Visiones de Filandro* nos han pintado la vida soldadesca de entonces que era propiamente una vida de ladrones, y aunque los colores usados por ellos no alcanzan á reproducir el espantoso colorido de la realidad, sin embargo sus descripciones nos causan la impresión como si aquellas bandadas de soldados embrutecidos no hubiesen sido seres humanos, sino todos obsesos, demonios furiosos, manadas de foragidos, que practicaran cual juego inocente las cosas más horrosas, el robar, incendiar, violar, martirizar y asesinar en todas sus formas.

En todo su terror la furia de la guerra de 30 años se manifestó por primera vez en la toma de Magdeburgo por las tropas de la liga católica (1631). Esta toma era, como todo el mundo sabe, al mismo tiempo una destrucción; los escombros de la ciudad incendiada cubrían unos 30,000 de sus habitantes degollados, pues el catolicismo de Tilly y Pappenheim había mostrado aquí cuantas obras de *caridad cristiana* sabía llevar á cabo. Mas pronto el protestantismo no tenía ya nada que echar en cara en cuanto á crueldad á los generales y soldados de la iglesia única beatífica. Es verdad que por este lado mientras el rey de Suecia era el supremo jefe protestante, se observaban aun hasta cierto punto los principios humanitarios, pero cuando Gustavo Adolfo hubo desaparecido del teatro de la guerra, los de la Biblia rivalizaban en la perpetración de todo lo abominable y execrable con los del misal. Doquiera la furia había pasado matando y asolando, seguíanle como porta-colas el hambre y la pestilencia. Sucedian cosas canibálicas: por los años 1636-37 veíanse en Alsacia, Hesse y Sajonia hominívoros y hominívoras que no solamente sacaban los muertos de los sepulcros sinó que hacían la caza á los vivos para matarlos y comerlos. Hablábbase de padres que degollaron y comieron á sus hijos, así como de hijos que se hartaron con la carne de sus padres, percidos de miseria. La población de comarcas enteras fué arrebatada en tropel por toda clase de calamidades. Los países despojados de hombres caían en poder de las fieras, domiciliándose manadas de lobos en las ruinas de ciudades y aldeas. Según un cálculo fidedigno, perecieron en Sajonia durante los dos años de 1631-32 nada ménos que 934,000 hombres por el hierro, el fuego, el hambre y la peste. Uno de los países alemanes más poblados de entonces era el ducado de Wurtemberg; en los años de 1634 á 1641 perecieron

345,000 de sus habitantes, de modo, que siete años antes de terminar la horrible guerra le quedaban al país solamente unos 47,000 pobladores. En este pequeño Wurtemberg se habían quemado ocho ciudades, 45 aldeas, 65 iglesias, 158 rectorías y escuelas, en conjunto 36,000 edificios. De los 500,000 habitantes que el Palatinato tenía en el año 1618, existían solamente 48,000 en 1648. Cosa parecida sucedió en la población de Franconia, Turingia, Alemania



ARGABUCERO DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVII.

baja; en fin, en la de todas partes á donde había llegado el hórrido brazo de la furia. Hay buenos motivos para suponer que la población del imperio alemán, que en el año 1618 no puede haber sido menor de 16 á 18 millones, quedaba reducida á unos 4.000,000 en el año 1649. No es extraño que para llenar estos terribles huecos se tomaran en algunas partes medidas singulares; así, por ejemplo, consta en actas que en febrero de 1650 la diputación del círculo de Franconia, reunida en Nuremberg, acordó que en los siguientes 10 años ningún hombre menor de 60 años podía hacerse fraile, ítem que todos los sacerdotes que no pertenecieran á alguna orden podían casarse, ítem que á todo hombre fuese lícito tomar dos mujeres.

En vista de la espantosa suma total de pérdidas materiales y morales que

la guerra de 30 años causó á Alemania, estamos autorizados á decir que jamás ningún pueblo há sufrido calamidades mayores que el alemán en aquella época; pero también podemos decir que el pueblo alemán no ha demostrado nunca más claramente su indestructible vitalidad que entonces, pues en medio de la pobreza, tribulación, soledad y ruinas que la furia de la guerra había dejado, volvió animoso á emprender la tarea interrumpida de la civilización.